

Apuntes sobre la formación del intelectual venezolano de fin de siglo XIX

Elda Mora

Universidad de Los Andes. Mérida. Venezuela

Resumen

Partiendo de la teoría marxista, el presente artículo pretende un acercamiento a la formación del intelectual venezolano de fin de siglo XIX (18). Para ello, se analizan los postulados de Raymond Williams, así como la posición, aparentemente contrapuesta, de Rafael Gutiérrez Girardot respecto a este tema. Nociones como *base* y *superestructura*, *tradición*, *mediación*, entre otras, cobran vital importancia para tal acercamiento, y para comprender el carácter hegemónico de ese intelectual. Una vez delimitado este punto, se pasa a intentar demostrar cómo la revista *Cosmópolis* se constituye en espacio para la institucionalización de la literatura en la Venezuela de la época, a través de sus tres modelos conscientes: criollista, conservador y cosmopolita.

Palabras clave: Base-Superestructura-Tradición-Mediación-Hegemonía.

Abstract

From a Marxist perspective, this article approaches the topic of the formation of the end of the XIX century Venezuelan intellectual (18). In order to do so, we examine the postulates of Raymond Williams as well as the apparently contrasting view of Rafael Gutierrez Girardot regarding this theme. Some notions like *base* and *superstructure*, *tradition*, and *mediation*, among others, are of vital importance when approaching this topic and are a landmark to understand the hegemonic nature of the intellectual from the end of the XIX century in Venezuela. Once the former is accomplished, we try to demonstrate how the magazine *Cosmópolis* becomes the arena for the institutionalization of Venezuelan literature of the era, through its three conscious models: nativist, conservative and cosmopolitan.

Key words: Base; superstructure; tradition; mediation; hegemony.

La sociedad fue una alternativa consciente ante la rigidez formal de un orden heredado, considerado más tarde como un orden impuesto: el Estado, la economía... la cultura, el crecimiento y la marcha de las facultades humanas...
R.W.

I. Apuntes para otros apuntes

Este trabajo propone un balance entre la opinión de Raymond Williams y Rafael Gutiérrez Girardot respecto a la influencia europea en la actividad literaria hispanoamericana. Por lo tanto, la primera parte es un recorrido por la literatura nacional hispanoamericana en vinculación constante con los conceptos desarrollados por Williams respecto a la literatura y la teoría cultural. Luego, Rafael Gutiérrez Girardot esboza la formación del intelectual de fin de siglo XIX y, una vez superadas las angustias de la contradicción entre ambos, se introduce el tema de la formación del intelectual en Venezuela para cerrar con la aparición de Cosmópolis como un espacio para la institucionalización de la literatura venezolana de la época.

Debo señalar que debido a la importancia que reviste el primer apartado, es allí donde me detengo un poco más, pues intento profundizar en la teoría de *Marxismo y literatura* sobre la literatura nacional y como señalé antes, no pretendo agotar el tema, ni me he propuesto una exhaustiva revisión bibliográfica, sino un acercamiento a la teoría literaria marxista. En consecuencia los textos que acompañan la exposición son pocos, sin que por ello se hayan olvidado trabajos tan importantes como los de Ángel Rama que seguramente formarán parte de un repertorio bibliográfico posterior.

II. Raymond Williams y la literatura nacional

Para Raymond Williams la idea primaria de la literatura como capacidad y experiencia de leer incluyó otras ramas del conocimiento: la filosofía, la historia y la poesía, y se mantuvo por cierto tiempo hasta que entra en juego la producción editorial como parte del concepto y ocurren cambios considerables.¹ Tres tendencias conflictivas dieron lugar a esa transformación,

primero un desplazamiento desde el concepto de saber hacia los de *gusto* o *sensibilidad*, como criterio que define la calidad literaria; segundo, una creciente especialización de la literatura en el sentido de los trabajos *creativos* o *imaginativos* y tercero, un desarrollo del concepto de *tradición* dentro de los términos nacionales que culminó en una definición más efectiva de *una literatura nacional* (Williams, 2000:61).

La tercera tendencia centra el interés de este trabajo. Hacia finales del siglo XIX la literatura en Hispanoamérica se instituye, dando cabida a la labor social, y otorga carácter de permanencia a sus postulados en pro del desarrollo de las naciones recién constituidas. Con ello se orienta a la regulación de las relaciones sociales, en orden a atender las necesidades humanas del momento, y pasa a ser un organismo de Estado. En otras palabras, la literatura “pasó a representar la materialización del desplazamiento de la profesionalización” (Williams, 2000:63).

Aunque Raymond Williams centra su análisis en la sociedad inglesa, nuestra situación no estuvo lejos de esa misma tipificación², toda vez que la realidad era reconocida social e históricamente a través de leyes científicas que la certificaban, lo que dentro de la tendencia marxista se concibe como “el reconocimiento de un proceso fundamental y constitutivo de la realidad histórica y social que es expresado específicamente en algún tipo particular” (Williams,

2000:123) y no olvidemos que aunque distantes geográficamente, las europeas fueron sociedades vistas muy de cerca por los intelectuales hispanoamericanos de la época.

En tal sentido, un aspecto importante a considerar dentro de la formación de la literatura nacional, de que se ocupa Williams, es la integración del público lector como elemento base para la producción literaria y el surgimiento de la crítica que se convirtió en una forma significativamente especial para la acentuación del concepto en el uso o consumo de trabajos más que de producción.³

La idea de *una literatura nacional* que según el citado autor había nacido desde la época del renacimiento, crecía vigorosamente hacia el siglo XIX produciendo nuevas realizaciones con preponderancia del lenguaje nativo como principal elemento para el discurso. En otras palabras, “la literatura nacional inglesa dejó de ser historia y se convirtió rápidamente en tradición fundamentada en los valores literarios que estaba afirmando la crítica”. (Williams, 2000: 66).

Partiendo de las ideas de Marx, sobre literatura socialista y comunista,⁴ digamos que la lucha por la restauración de la estructura burguesa condujo a una consideración de lo literario como vía para crear simpatías en el proletariado conducentes a la recuperación solapada del sistema burgués haciendo que las estructuras sociales menores lo certificaran desde el momento en que se les hacía sentir parte integrante de éste. En consecuencia, dos nociones son consideradas por Raymond Williams como importantes dentro del desarrollo de la teoría marxista de la cultura: *la base* determinante y la superestructura *determinada*.

Ahora bien, si ajustamos estas nociones al interés de establecer la institución de la literatura venezolana como punto de partida para el establecimiento de una idea de lo *nacional*, digamos que la *base*⁵

estuvo constituida por la sociedad burguesa como símbolo de la verdadera existencia social que conforma las relaciones de producción y desarrollo de ese individuo social general.

De ser así, pienso que durante el desarrollo de una cultura de lo nacional en Venezuela e Hispanoamérica, la base la conforma la sociedad burguesa como conglomerado de individuos con existencia social que funda en la literatura, como parte de la *superestructura*, en tanto que forma de organización jurídica y política de una sociedad (instituciones), la determinación de su conciencia individual. Es decir, el conglomerado de la infraestructura económica que rige el desarrollo de la misma.

Para Williams la idea de superestructura marxista está vinculada a “toda la ideología de clase: su forma de conciencia y sus modos constitutivos de comprenderse dentro del mundo”⁶. Esas ideas calzan en la intención literaria de fin de siglo XIX venezolano. La literatura venezolana fijó términos por autoridad. Como poder controlaba y decidía el resultado de la acción social más allá de la voluntad individual de sus agentes. Fijó objetivos precisos de determinación sobre los cuales recaía la presión que llevaría al control de las voluntades sociales generales.⁷

Por lo tanto, la situación literaria deviene en una *fuerza productiva*, en un modo de cooperación que insta no sólo a la satisfacción de las necesidades propias sino de las necesidades colectivas. El objetivo principal de la función literaria es la producción de valores de uso, y no el uso como tal, que se ajuste a la idea de progreso de las sociedades capitalistas avanzadas.

Digamos que se estaba llevando a cabo la instauración del materialismo histórico aludido por Marx, en tanto se produjeron cambios en la forma social que caracterizaba el modo de las relaciones de producción con la participación de las fuerzas productivas y las

condiciones en las que se constituían y se anudaban históricamente las luchas de clases: instancias políticas, económicas e ideológicas.

Desde el punto de vista del materialismo histórico, el objetivo era establecer la combinación particular de los factores sociales de producción. Es decir, la combinación de las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Por lo tanto, la literatura nacional participa de la ideología socialista asumiendo las vertientes que facilitaban su función productiva: el naturalismo y el realismo certificado por el aparato científico.⁸

Así se incorpora la producción artística a la intención objetivista según la cual la realidad se podía conocer separadamente a través de la verdad científica. Es lo que sucedió con cierto número de producciones literarias que apelaron a la ciencia como certificadora de la realidad que en ellas se mostraba. En el caso de los discursos narrativos dirigidos a la mujer por ejemplo, la *histeria* mitigó, desde el punto de vista científico, esas realidades imaginarias que demandaban el ajuste del comportamiento social femenino de la época.

De esta forma, la literatura venezolana se instituye como parte del proceso de validación cultural toda vez que, en conjunción con otras instituciones, instaura el índice directo del carácter cultural venezolano finisecular. Digamos que nuestra literatura promovió el sentido hegemónico de la *tradicción*.⁹

Como parte de la *superestructura* la función literaria estuvo dirigida “al uso y recuperación de una versión del pasado con el objeto de ratificar el presente y de indicar las direcciones del futuro” (Williams, 2000:139). Recuperación que no dependía únicamente de ésta sino de las relaciones institucionales que conformaban la superestructura social: política, cultura y economía. Según Belford Moré (2002:12) la condición inmediata para que el proyecto de

construcción de lo nacional encarnara en una entidad concreta consistía en el despliegue del aparato institucional que se consideraba propio de la nación como forma de organización comunitaria.

Así pues, la institución literaria se erige con tendencia solapada al establecimiento de la *hegemonía cultural*¹⁰, pues Venezuela no existía para los propósitos capitalistas mundiales por lo que el interés del intelectual se centra en esa necesidad más que “en los requerimientos internos de la nacionalidad en formación” (Moré, 2002:22)

Las instituciones formales, según Raymond Williams, tienen evidentemente profunda influencia sobre el proceso social activo, son instituciones socializadoras en el sentido de que su función es precisamente la de la integración.¹¹ Así, la intención institucional de la literatura “se centra en la transmisión y aplicación de valores a través de una selección particular de la totalidad aprovechable” (Williams, 2000:139). En tiempos anteriores lo había sido la institución eclesiástica, pero para fin de siglo, la literatura asume como suya la responsabilidad de educar con propósitos hegemónicos y toma la clase burguesa como modelo de comportamiento social al que se debía mirar.

En tal sentido la plena identificación de su condición institucional no ayudaba a la autoidentificación que debía establecerse entre la *base* y la *superestructura*. “La socialización con las formas hegemónicas debía ser promovida por agentes en apariencia ajenos a las instituciones formales de manera que dicho proceso fuera internalizado y proveyera resultados positivos para una cultura efectiva” (Williams, 2000:139). Entra en juego entonces la posición del intelectual como mediador y productor de obras para consumo con carácter educativo que demostraba estar aparentemente involucrado con la base.

III. El factor de *mediación* en la formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX

Rafael Gutiérrez Girardot, echa abajo parte de lo anteriormente expuesto. El primer aspecto que condena G. Girardot, respecto a Williams, es el carácter de *mediación* de acuerdo con la posición leniniana de *reflejo y homología*. Respecto a la idea marxista de que no es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino por el contrario, es su existencia social la que determina su conciencia, Gutiérrez Girardot señala que tal posición deja fuera el carácter importante de la *mediación*.

Para Gutiérrez Girardot el problema, que dejó abierto la teoría del *reflejo y la homología*, es la intuición de Marx que se difundió sin tomar en cuenta el contexto: el hecho de que el ser social del hombre es el que determina su conciencia. Así este autor establece la importancia que tiene la *mediación*¹² como base del pensamiento marxista en el desarrollo y formación del intelectual de fin de siglo en Hispanoamérica. Pero no

esa mediación que Hegel definió como lo que está en la cosa misma y que sustentó la postura de Adorno o la teoría leninista que sustentaba las opiniones de Luckacs; no la que está entre la cosa y aquellos a quienes se la presenta, es decir el modo en que las estructuras e ideologías sociales se imponen en la obra de arte (Gutiérrez Girardot, 1990:3).

Para G. Girardot la *mediación* se centra en el problema de la transposición de conceptos propiamente historiográficos o sociológicos a la ciencia literaria que, según él, “patentiza su rezago frente a las corrientes historiográficas europeas” (Gutiérrez Girardot, 1990:3). Eso es cierto y en ningún momento puede pretenderse la comparación, pero tampoco puede negarse la influencia pues, dado el mejoramiento de las comunicaciones trasatlánticas, imperó para fines del XIX una

transmisión rápida y fácil de las doctrinas económicas, políticas y culturales de las naciones extranjeras.

La situación literaria hispanoamericana según G. Girardot, estuvo centrada en el escritor como factor de *mediación*. Y es que a diferencia de las naciones europeas que debieron idear formas de recuperación de la *hegemonía* establecida en la tradición religiosa, histórico-literaria y sociológica, Hispanoamérica no poseyó tradición para recuperar, ni fundamentos críticos que, como bien lo señalara Williams en el caso europeo, habían instituido la función literaria a través de una clasificación negativo-positiva de las obras que se producían.

Es decir que la historia social hispanoamericana era pensada como un proyecto intelectual. Señalé anteriormente que como institución nuestra literatura difundió el sentido hegemónico de la *tradición*, una tradición promovida fundamentalmente por los mismos intelectuales sobre la base de ideologías un tanto ilusorias y formaciones prestadas que facilitaban la integración de las estructuras sociales menores al proyecto capitalista fundamental.

La crítica como lo ha señalado Belford Moré se centró en la valoración de la literatura que se producía y “proponía las pautas que debían regir tanto la crítica y la historia como la propia producción literaria dentro de los linderos nacionales”. (Moré, 2002:13).

El intelectual al parecer fue escritor y crítico de su propia obra, dada la facilidad para asumir oficios paralelos al literario. Según Gutiérrez Girardot, la literatura no era realmente una profesión, el hombre intelectual era un polifacético en el sentido de que podía adoptar otras profesiones como el periodismo, la crítica y la educación. Bien lo expuso Henríquez U., “...los hombres de profesiones intelectuales trataron de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política [...] el timón del estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos...” (Henríquez Ureña, 1964:159).

En consecuencia, la profesionalización que se había materializado a través de la literatura en la sociedad inglesa, según lo expresado por Williams, ocurrió en Hispanoamérica como resultado del mismo progreso a que se vio sometido el intelectual. “La *división del trabajo* que se jugaba entre el liberalismo económico y el escritor” (Henríquez Ureña, 1964:160) generó el desarrollo de la profesionalización vinculado a la racionalización que lo convirtió en el factor de *mediación* para los intereses nacionalistas del momento.

Es decir, el intelectual es el objeto primario de cualquier interpretación social de la literatura, él es el *tipo* a considerar como determinante.

En él, no como individualidad, en lo que él pretende y en lo que lo condiciona y él condiciona socialmente, puede descubrirse la compleja red de la *mediación*, esto es, los modos por los que estructuras y posiciones ideológicas sociales se imponen en la literatura (Gutiérrez Girardot, 1990:14).

Según la posición de Gutiérrez Girardot es el concepto de *tipo*, ya comentado en Williams, el que restablece la idea de *reflejo* otorgando mayor consistencia al carácter de *mediación* que intenta demostrar en su exposición. Por lo tanto, su propuesta para acercarnos a la idea del intelectual hispanoamericano se orienta a la necesidad de ajustar los conceptos *de tipo ideal* o *tipo puro*. Ese *tipo* que según Williams, Taine definió como “los héroes en literatura, que eran vistos como los caracteres importantes, las fuerzas elementales, las capas más profundas de la naturaleza humana...” (Williams, 2000:121)

Gutiérrez Girardot retoma el concepto de *tipo ideal* expuesto por Taine señalando que “para trazar un esbozo del escritor hispanoamericano después de la Independencia es preciso trabajar con el concepto de *tipo*, bajo el nombre de *tipo ideal* o *tipo puro* (...) es

decir los tipos de dominio legítimo: el tradicional, el racional, el carismático que son *tipos puros* y los *tipos* de actuar social: uso y costumbre...” (Gutiérrez Girardot, 1990:18).

Conforme a esta clasificación, el hombre de letras hispanoamericano responde a un sujeto *aficionado a las letras*, que aprovecha situaciones para profesionalizarse al servicio de las nuevas repúblicas, hecho que le otorga una función pública y da origen “al paso de una profesionalización: el escritor, hacia otra donde su acción no es pública-política en el sentido político sino política y pública como escritor: el intelectual” (Gutiérrez Girardot, 1990:18).

También Ángel Rama¹³ en *La ciudad letrada* hace alusión a ese *letrado* que se convirtió en instrumento para la consolidación simbólica de la nación, a través del cual circulaban las utopías que otorgaban legitimación al poder imperial y un falso poder a las clases subordinadas en cuanto se consideraran parte de la estructura que se les sugería.

IV. El intelectual de fin de siglo venezolano

El intelectual de fin de siglo (1890-1909) aproximadamente, ya no comprometido desde la política, sino desde su condición de escritor, asume una identidad para constituir un sector aislado y minoritario de la totalidad nacional.¹⁴ Muchas figuras que durante el siglo habían aparecido como poco relevantes reaparecen con apariencia rejuvenecida para otorgar consistencia a la institución cultural que se gestaba. La idea era convertirse en un *civilizador*; el objetivo, dotar de un orden racional aquella sociedad finisecular.

Con esa tarea el intelectual se integra a la misión *civilizadora* e imprime un carácter *evangelizador* a la literatura, destinado a la curación espiritual y moral de aquellos sujetos sometidos al ojo

avizor de los formadores de la nueva república. Sin embargo, a pesar de que la literatura era arma de combate a la inevitable condena que el *ciudadano común* debía padecer al caudillismo, no era en esencia un campo de aprovechamiento económico y, posiblemente, eso la convirtió en “instrumento de *investigación sociológica* al servicio de los intereses nacionalistas” (Belrose, 1999:29). También lo señala Moré como la condición para acceder al espacio de lo *legítimo* (Moré, 2002:36).

Paralelamente a su ejercicio literario, el intelectual debía desempeñar otras actividades que le permitieran subsistir dentro del orden capitalista que regía la nueva nación; pero aún así, señala Leisie Montiel,¹⁵ “las actividades alternas eran subestimadas por el peligro que representaban para el progreso económico debido a que los valores de uso que portaban atentaban contra la hegemonía del Estado”. Se refiere Montiel a las actividades alternas referidas por Henríquez Ureña, la adopción del periodismo y la educación como oficios para el intelectual.

Esta situación obligó a la puesta en práctica de lo que Montiel llama *divide et impera*, es decir, crear un campo discursivo exclusivamente pedagógico que valiéndose de las *verdades de la ciencia*, promovidas por el racionalismo marxista, medicara el cuerpo y el espíritu del individuo en función de los intereses del Estado.¹⁶ Ya la institución de la literatura no era únicamente interna, como organismo legítimo, sino externa, en un trazo de límites sociales que pusieran la nación a la altura de otras repúblicas.

Había que fortalecer la civilización, consolidar la nación como estructura de poder. Digamos que esta situación activó la acción solapada de la institución literaria como *fuera productiva* a que hice referencia respecto a la exposición de Williams. Los discursos hicieron valer el *empirismo científico* para establecer su veracidad, la verdad

científica por ejemplo, justificó la presencia aun del romanticismo decadente.

Otro factor que incidió en la formación del intelectual como factor de *mediación* es el hecho de que

la escritura era el monopolio de los núcleos dominantes que habían hecho de la urbe su espacio de vida [...] quienes poseían la escritura y se integraban a los ámbitos institucionales organizados a partir de ella, se hacían acreedores de una marca especial que les garantizaba el poder social (Moré, 2002:26).

El intelectual era el sujeto autorizado para expresar las verdades, señala Belford Moré (2002:75). Él tenía la razón y esto convertía su *práctica creativa* en la mediación entre la base y la superestructura. La literatura se desplegaba como actividad especial, dice Moré. La acción literaria era ya una institución hegemónica, pues la garantía de la autoridad estaba dada por la familiaridad con la cultura letrada de la época y “su posición sólo podía ser violada por una autoridad autoasignada y controladora” (Williams, 2000:229).

Por lo tanto, la *práctica creativa*, expuesta por Raymond Williams, es un aspecto importante para asociar a la idea burguesa de hacer ver la doctrina literaria como universal y no temporal aunque haya partido de un momento determinado. La escritura se convirtió en cómplice del poder y, en consecuencia, requisito para la hegemonía imperial, según señala Mabel Moraña.¹⁷

Ruines tiempos, como dijo Martí, caían sobre la creación literaria cuando aquel *apóstol* que se erigía como *civilizador* se ve imbuido en intereses político-económicos que consagran su estabilidad social solapado en aparente docilidad con las estructuras sociales de la *base*. Muchos intelectuales perdieron su horizonte. El intelectual se había convertido en el punto de cruce de la *tradición* y el universalismo, pero también de la política y la literatura, de la realidad y la ficción.

V.- *Cosmópolis*: una institución al servicio del intelectual

Entre 1894 y 1895 nace y vive la revista *Cosmópolis*. Como su nombre lo indica la idea cosmopolita de sus fundadores la convierte en institución literaria. Dada la intención universal que había adquirido la literatura venezolana no existía una delimitación espacio-temporal de las formaciones literarias en *Cosmópolis*. Sus páginas estuvieron abiertas al universo infinito creado por el escritor.

Conscientes del proceso de transformación que se había dado en América, Pedro Emilio Coll, Pedro César Dominici y Luis Urbaneja Achelpohl muestran en su *Charloteo* el concepto de la función literaria en Venezuela. Abiertos a la influencia modernista sin imponer por ello limitaciones para aquellos que, sin serlo, colaboraban para *Cosmópolis*, los editores pusieron de manifiesto dos tendencias, “la primera, el convencimiento de que la literatura debía ser profundamente nacional, fiel reflejo de nuestra idiosincrasia y de nuestra realidad histórica y social, y la segunda, una aspiración a la universalidad, es decir al cosmopolitismo” (Santaella, 1992:19).

En tal sentido no hubo homogeneidad de pensamiento en *Cosmópolis*, la revista albergó todo criterio intelectual, venezolano o extranjero. “Muchas corrientes literarias de fin de siglo fluían en la pluma de los colaboradores que veían, con optimismo, los proyectos nacionalistas emprendidos por las clases dominantes de América Latina” (Belrose, 1999:76). Durante doce publicaciones, la opinión de sus productores fue reforzada con las ideas y manifiestos de otros venezolanos como César Zumeta, Romero García, Lisandro Alvarado, Santiago Key Ayala, Rafael Cabrera Malo, Rafael Bolívar, Rufino Blanco Fombona, Andrés Mata, Angel César Rivas y Antonio R. Álvarez; quienes “se inclinaron hacia los textos cortos, generalmente cuentos con predominio de lo poético y lo sensual, insertos dentro de temas criollos y exóticos con predominio de lo nacional” (Belrose, 1999:76)

Tal parece que esas doce entregas ponen en evidencia las *formaciones* que refiere Williams al hablar de las *instituciones*¹⁸. De ser así, me atrevo a decir que *Cosmópolis* en sus dos años de duración se erigió como institución literaria, con influencia significativa y decisiva sobre el desarrollo de la cultura venezolana finisecular; es decir, se perfiló como *institución formal socializadora* dado que condensó una línea de pensamiento heterogénea con intención pedagógica y vinculó una *selecta esfera de significados, valores y prácticas* que, como mencioné anteriormente, dan forma al *fundamento hegemónico*.

Como institución incorporativa *Cosmópolis* tuvo una gran difusión. Su sistema de comunicación materializó ideas inextricables respecto a ciertas actitudes y relaciones sociales que debían ser controladas disimuladamente pues de lo contrario no se lograba *la armonía hegemónica* necesaria. Williams expresa que la verdadera condición hegemónica es la efectiva autoidentificación con las formas hegemónicas. Una socialización positiva apoyada en un reconocimiento de lo necesario e inevitable.

El hecho de que esa formación institucional de la literatura encontrara asidero en *Cosmópolis* la hacía más efectiva y, camuflageada entre las tendencias artísticas y los ideales individuales, mayormente aceptable. Los tres modelos que confluyeron en la revista fueron reconocibles como tendencias y movimientos conscientes de la función literaria finisecular:

El *criollista* proponía la dotación de la literatura de originalidad y sentir nacional, el *conservador* luchaba por la preservación de la lengua, la demarcación identitaria de la nación y exigía la congruencia de la producción literaria con los rasgos caracterizadores de lo histórico cultural y el *modelo cosmopolita* otorgaba un papel secundario a los anteriores y perfilaba el

hecho literario hacia la liberación del marco identitario que la encasillaba (Moré, 2002:130).

Esa práctica aunque no adscrita como institución formal, realmente lo fue. Según Williams (2000:142).

las formaciones y sus obras no se observan como la activa esencia cultural y social que realmente son [...] esta forma de desplazamiento, que resultó temporal o relativamente convincente por los defectos de la interpretación superestructural o derivativa, es en sí misma fundamentalmente hegemónica.

VI. Consideraciones finales

Cosmópolis jugó un papel determinante dentro de la institución de la *literatura nacional* y fue una forma *fundamentalmente hegemónica* dentro de la superestructura venezolana de fin de siglo XIX, dado que la “verdadera condición de la hegemonía es la efectiva autoidentificación con las formas hegemónicas, relaciones de dominación y subordinación; es decir, todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida, un sistema de significados y valores que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente” (Williams, 2000:131).

Ciertamente, para establecer y conservar una sociedad de clases esta incorporación debe lograrse, por lo que la literatura se consideró una representación de la cultura hegemónica que la condujo a dar cuenta de las realidades socioculturales con su respectiva explicación y *Cosmópolis* albergó entonces las voces inquietas de quienes sintieron la obligación de otorgar nuevo brillo al pensamiento humano y hacer de la preocupación y el prejuicio “un grito resonante entre el roncar del trueno y la epopeya del rayo” (Urbaneja, 1894:2)

Así pues, queda mucho por decir y textos por consultar. Creyendo nadar en aguas profundas he limitado este trabajo a un recorrido analítico que da cuenta de los puntos de conexión entre los conceptos que desarrolla Raymond Williams, la institución de la *literatura nacional* venezolana y la figura del intelectual que emergía de los intereses nacionalistas de la época. Mi propósito sólo se orientó a unos pocos libros que como he mencionado entablan un diálogo respecto al desarrollo literario venezolano para fines del XIX, el cual con un ambicioso deseo de alcanzar la *hegemonía* se proyectó rápidamente hacia las ideas capitalistas europeas para instaurar una función hegemónica que cristaliza *Cosmópolis*.

Notas

- ¹ Benedict Anderson señala que el florecimiento de la novela y el periódico durante el siglo XVIII dio pie a la estructura básica de la imaginación para el surgimiento de la “comunidad imaginada de la nación”, debido a que éstos proveyeron el medio necesario para la representación de la idea de nación. Cf. Anderson B. *Comunidades imaginadas*. 1997. México. p. 46
- ² Entendiendo por *tipo* la representación e interpretación de la realidad social a partir de “aquellos elementos y tendencias que se repiten de acuerdo con leyes regulares, aunque cambian junto con las circunstancias cambiantes”. Cf. Williams. Ob. Cit. 123.
- ³ La crítica adquirió una gran importancia nueva y efectiva, ya que se había convertido en el único medio de validar esta categoría selectiva y especializada. Consistía en una discriminación de las obras auténticamente “grandes” o “principales”, con la consecuente categorización de obras “menores” y una exclusión efectiva de las obras “malas” o “insignificantes”, a la vez que una comunicación y una realización prácticas de los “principales” valores. Lo que se había reclamado para el “arte” y la “imaginación creativa” en los asertos románticos fundamentales, se reclamaba ahora para la crítica considerada como una disciplina y una actividad humana fundamental. Cf. Williams, Ob. cit. p.66.
- ⁴ ...En adelante no podía hablarse siquiera de una lucha política seria. No les quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario,

la vieja fraseología de la época de la Restauración había llegado a ser inaplicable. Para crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase explotada. Diose de esta suerte la satisfacción de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle profesías más o menos siniestras... Cf. Marx y Engels (1975) *Obras escogidas*. Akal Editores. p. 43.

- ⁵ Definida por Williams como “una versión particular y reductiva de la *existencia material* con propiedades muy generales y aparentemente uniforme”. Ob. Cit. p. 100.
- ⁶ Las formas legales y políticas que expresan verdaderas relaciones de producción existentes; las formas de conciencia que expresan una particular concepción clasista del mundo y un proceso en el cual, respecto de toda una serie de actividades, los hombres tomen conciencia de un conflicto económico fundamental y lo combatan. C.f. Williams. Ob. Cit. p.95.
- ⁷ Según Williams, la sociedad nunca es solamente una “cáscara muerta” que limita la realización social e individual. Es siempre un proceso constitutivo con presiones muy poderosas que se expresan en las formaciones culturales, económicas y políticas que para asumir la verdadera dimensión de lo constitutivo son internalizadas y convertidas en “voluntades individuales. Ob. Cit. p. 107.
- ⁸ Para Raymond Williams, la verdadera función del arte fue definida en términos de realismo, o con menor frecuencia en términos de naturalismo muy afectados por los conceptos de ciencia asociados a ellos. El arte reflejaba la realidad, si no lo hacía era falso e insignificante. Y ¿Qué era la realidad? La producción y reproducción de la vida real, ahora comúnmente descrita como la base y con el arte como parte de la superestructura. Cf. Ob. cit. p.116.
- ⁹ Según Williams “...es un proceso activo deliberadamente selectivo y conectivo que ofrece una ratificación cultural e histórica de un orden contemporáneo”. Cf. Ob. cit. p. 138.
- ¹⁰ Según la exposición de Raymond Williams, la relación entre las instituciones culturales, políticas y económicas son muy complejas, y la esencia de estas relaciones constituye una directa indicación del carácter de la cultura en un sentido amplio. No obstante, nunca se trata de una mera cuestión de instituciones formalmente identificables. Es asimismo una cuestión de formaciones: los movimientos y tendencias efectivos en la vida intelectual y artística, que tienen influencia significativa y a veces decisiva sobre el desarrollo activo de una cultura y que presentan una relación variable y a veces solapada con las instituciones formales... Cf. Ob. cit. p. 139.

¹¹ Todo proceso de socialización, obviamente, incluye cosas que deben aprender todos los seres humanos; sin embargo, cualquier proceso específico vincula este aprendizaje necesario a una selecta esfera de significados, valores y prácticas que en la proximidad que manifiestan su asociación con el aprendizaje necesario, constituyen los verdaderos fundamentos de lo hegemónico. Cf. Williams. Ob. cit. p. 139.

¹² El *reflejo* y la *mediación* tal como los expone Williams están orientados en la función del arte como medio para el reflejo de las realidades sociales sustentadas en las verdades de la ciencia, es decir la producción y reproducción de la vida real y esa realidad constituía la base. Digamos que la función del arte estaba centrada en *el reflejo de los procesos históricos y sociales verificables* mas no de los objetos particulares y, en ese sentido, la *mediación* constituía *el acto de reconciliación e interpretación de esos procesos entre elementos opuestos*, digamos la *base* y la *superestructura*.

Por lo tanto, para Williams la *mediación* es un término que ejerce atracción en tanto que describe el proceso de relación entre la *sociedad* y el *arte* o entre la *base* y la *superestructura*. Sin embargo, aclara que no siempre esas representaciones de la base por el arte van a ser reflejadas directamente pues atraviesan el proceso de *mediación* que en cierto grado modifican su contenido.

¹³ Al respecto Mabel Moraña expresa, que la transición de la colonia al período de constitución y consolidación nacional es visualizada por Rama en términos de la evolución de la ciudad letrada a la ciudad escrituraria. El letrado, dice, es el instrumento a través del cual se consolida el orden de los signos que rigen el armazón simbólico y material de la urbe. Cf. Moraña M. De la ciudad letrada al imaginario nacionalista. En V. A. *Esplendores y miserias del siglo XIX*. (1994). Monte Avila Editores. p. 44.

¹⁴ Al respecto Belford Moré expresa que ...seguían siendo quienes tenían en sus manos los mecanismos culturales que la expresión última de la civilización europea valoraba como legítimos y esto los convertía en portadores de la única forma de cultura que esa misma civilización definía. Además, la validez del marco cultural al que se habían integrado se sostenía también en función de que esos bienes culturales fuesen difundidos para ampliar el radio del universo *civilizado*, lo cual se asociaba a la necesidad de consolidar el poder. Cf. Moré. Ob. cit. p. 35.

¹⁵ Cf. Leizie Montiel. El papel ambiguo del intelectual en algunas novelas venezolanas de finales de siglo XIX y principios del XX. En *Revista de Literatura Hispanoamericana*. 1997. Nº 35. p. 97.

¹⁶ Moré expresa que esa búsqueda de reconocimiento social derivó “en la generación o readaptación de diversos mecanismos discursivos que la

posibilitaban”. De ahí la importancia de la producción de biografías e historias de la civilización nacional que emergieron como un intento de instaurar la presencia de los civilizadores de la nación venezolana. Cf. Ob. cit. p. 37.

¹⁷ Según Moraña dentro del estudio que desarrolla Rama se ofrece una “extensa caracterización del discurso del poder como estrategia transnacionalizada, de la que se deriva toda una red de instituciones y prácticas culturales que permiten poner en una perspectiva global los procesos nacionales y ordenar la producción literaria continental en sistemas literarios articulados a su vez por los procesos sociales y políticos. Cf. Ob. cit. p. 45.

¹⁸ Williams señala que la relación entre las instituciones culturales, políticas y económicas son muy complejas, y que la esencia de estas relaciones constituye una indicación directa del carácter de la cultura en un sentido amplio, pero nunca puede ser una relación de instituciones solamente sino una cuestión de formaciones. Define por formaciones “los movimientos y tendencias efectivos, en la vida intelectual y artística, que tienen un influencia significativa y a veces decisiva sobre el desarrollo activo de una cultura y que presentan una relación variable y a veces solapada con las instituciones formales”.

Referencias

- ANDERSON, B. (1997). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BELROSE, M. (1999). *La época del modernismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores
- BALIBAR E. (1976). *Cinco ensayos de materialismo histórico*. Editorial Laia. S.A.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. (1990). *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Latin American Studies. N.3.
- HENRÍQUEZ U., Pedro. (1964). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MARX y ENGELS. (1975). *Obras escogidas*. Akal Editores.
- MORAÑA, M. (1994). De la ciudad letrada al imaginario nacionalista. En V. A. *Esplendores y miserias del siglo XIX*. Caracas: Monte Ávila Editores.

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. N° 14, enero-diciembre 2004. Mora, Elda. *Apuntes sobre la formación del intelectual venezolano de fin del siglo XIX*, pp. 159-179.

MORÉ, Belford. (2002). *Saberes y autoridades. Institución de la literatura venezolana (1890-1910)*. Fondo Editorial La Nave Va

MONTIEL, Leizie. (1997). El papel ambiguo del intelectual en algunas novelas venezolanas de finales de siglo XIX y principios del XX. En *Revista de Literatura Hispanoamericana*. N° 35.

RAMA, Angel. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo: Fundación Internacional Ángel Rama.

URBANEJA A., Luis.(1894). Charloteo. En *Cosmópolis* (1894). Año I, N° 1.

WILLIAMS, R. (2000). *Marxismo y literatura*. 2da. edición. Barcelona: Península S.A.